

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Oaler, Espíritu Santo, 48.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.

CUESTIÓN DE PRESUPUESTOS—*Por E. de la Cerda*



—Esposa mía... es preciso suprimir algunas partidas en nuestros presupuestos.

—Si te parece, empezaremos suprimiendo estas partidas... serranas que he encontrado en tu cartera...

EL DEMI-MONDE EN MADRID



Es la sociedad española todavía de apariencias bastante morigeradas para que en su seno se desarrolle ese culto inmoderado que en Francia se consagra á la mujer de costumbres ligeras, verdadera reina actual de los corazones de los hombres, dedicados exclusivamente á la galantería y al placer.

Cierto que, de algunos años á esta parte, en Madrid apenas encontraréis un diez por ciento de personajes que no se den el lujo de sostener una... y á veces más entretenidas.

Esto empieza á ser una costumbre, á la que van rindiéndose nuestras castas ó no castas esposas, que ya oyen hablar de las queridas de sus maridos con la misma indiferencia que oyen hablar de sus caballos, de sus escopetas, de sus pérdidas en el juego, de sus triunfos parlamentarios y de sus jugadas de Bolsa.

Parece que la entretenida es el complemento indispensable del *pchut*, de la *bécarre* ó del buen tono, y que pretender suprimir el apéndice de la querida, al marido sería como atentar al lustre de la casa y á la importancia del personaje.

Alguna que otra dama, educada á la antigua usanza, suele protestar después de casada de este aditamento conyugal; pero al fin se acostumbra, y puede decirse que la bigamia ó poligamia, horror de nuestras abuelas, va entrando en las costumbres de nuestra sociedad, todo lo católica que ustedes quieran, pero bastante dada á las prácticas mormonas ó musulmanas en el secreto de la vida privada.

Este ha sido el primer paso para la aparición en España de lo que en Francia se llama el *Demi-monde* ó mundo de las prostitutas elegantes.

Sin embargo; ese mundo está aún aquí en estado cósmico, como lo estaba el que habitamos antes de su formación en cuerpo celeste; es decir, que los elementos del *demi-monde* español, se hallan esparcidos, sin cohesión, sin formar una verdadera clase social.

Y como de la unión nace la fuerza, y ésta no existe todavía dentro de ese elemento social, esa es la razón de no haberse impuesto á nuestra sociedad tal como se ha impuesto en París, donde tiene una importancia de primer orden.

Si os situais una tarde, acompañados de un buen conocedor del terreno, en Recoletos ó en el Paseo de carruajes del Retiro, podréis conocer á la querida del duque F., del conde de la P., del marqués de la R., del ministro Z., del banquero M. ó del sietemesino U.

Allí las veréis modestamente reclinadas en sus landós ú ocultas en sus berlínas, como señoras particulares, que ayudan á la legítima á devorar la fortuna del marido; pero no presenciareis esa escandalosa ostentación de lujo que ofrecen las *demi-mondaines* parisienses en los boulevares y en los Campos Elíseos, donde lucen trenes costosísimos á la daumont, ó que guían ellas mismas, imponiendo en el mundo elegante la forma de carruajes y libreas de los yokeys y lacayos, así como sus extravagantes modas, que luego modifican las damas honestas y que pasan á vosotras ¡oh, damas españolas! que nunca sospecharíais que el elevado sombrero de plumas monumentales, ó la capota *mignon* de encajes y avalorios

dorados que lleváis, los debéis á una Cora, á una Nana, ó á una Eufrasia, que las exhibieron de las primeras en el Bois de Boulogne, ó en las carreras de Longechamps.

En estas fiestas hípicas, sobre todo, es donde el *demi-monde* de París se manifiesta con toda la fuerza de una institución.

En las tribunas de nuestro Hipódromo de la Castellana, en las barreras que rodean el *turf* en el lugar donde se apuesta, sobre el césped donde se reúnen los carruajes, no veréis como allí esas legiones de cortesanas que rien, beben champagne sobre el imperial de los coches de carreras, apuestan con los *sportemen* en torno de los *bok-mackers*, y forman lo más notable del desfile, luciendo sus trenes, en torno de los cuales y á guisa de picadores lacayos, hacen caracolear sus caballos los amantes que quieren ser admirados en sus queridas, ó los pretendientes á sustitutos de los legítimos poseedores de aquellas bellezas.

Aún hay aquí el pudor de no dejar marchar sola ó acompañada de un *amigo de confianza* á la mujer perpetua, para correr detrás del *duk* ó del *chars-à-bancs* que guía la cocotte por nosotros entretenida.

En los teatros suele alquilarse un palco á la querida enfrente del de abono de la familia; pero no se la visita públicamente, sino cuando más, entre las cortinas del antepalco, en uno de esos momentos en que el cigarro es el pretexto para salir del palacio familiar.

Tampoco en estos espectáculos se manifiesta el *demi-monde* madrileño con el descoco que en París, ni hay en los teatros localidades á propósito para que las bellas mundanas luzcan las más ocultas formas colocando los pies en los antepechos, siendo allí visitadas y públicamente acariciadas por la turba de elegantes *boulevardiers* que las reparten dotes y dulces, besos y pellizcos en medio de feroz algarabía y entre las risas y aplausos de los espectadores.

Hay aquí, es verdad, gabinetes reservados en los más elegantes restaurants; pero allí van de *ocultis* las parejas á devorar ostras y langostas de mar, sin estruendo, sin escándalo. Lo que no hay aquí son banquetes de *demi-mondaines* ni giras de campo como las de Saint-Cloud ó Bougival, ni bailes, ni cacerías, porque ya hemos dicho que ese *demi-monde* vive aún como materia cósmica sin fuerza atractiva, y es difícil reunir en un solo círculo á las que viven completamente aisladas y con pretensiones de damas de vida correcta.

En Francia hay una parte de la prensa dedicada á ser órgano del *demi-monde*, y por cierto que no la falta ni asuntos de que ocuparse, ni lectores que la sostengan.

En Madrid, una publicación exclusivamente dedicada á este género de noticias, se vería muy apurada para llenar su misión, á no invadir el terreno de la vida privada y dedicarse á dar cuenta de los nuevos compromisos, de las rupturas, de los disgustos domésticos que proporcionan las horizontales, que como la invisible flojera devoran muchas fortunas que vemos venir á tierra, y cuya ruína reconozco por causa el *moilesto despilfarro* de nuestras vengadoras.

Todavía el *demi-monde* en España está contenido por lo que resta de pudor en nuestras costumbres.

Pero así como antes se ocultaba como el mayor de los crímenes el sostenimiento de una querida

y hoy se hace gala de tenerlas, es de esperar que con el tiempo, el torrente rompa sus diques, y veamos invadir nuestra sociedad elegante ese otro medio social al que se ha erigido altares en Francia, donde la horizontal todo lo llena, todo lo domina, todo lo avasalla, desde el boulevard hasta el libro, desde el teatro hasta la pintura.

LUDOVICO.

LA TRAICIÓN

(Continuación)

Estas íntimas revelaciones de un alma ansiosa de encontrar en otra gemela la identidad de sentimientos que la agitaban, dió á conocer á Roberto el verdadero estado del corazón de Amelia.

Sin embargo, sólo su talento perspicaz, y su conocimiento del mundo y del corazón femenino pudieran descubrir aquellas ocultas deficiencias del de la joven, de quien ya hemos dicho amaba á su marido con toda la corrección que el mundo podía exigirle, y que ella empleaba sin esfuerzo, sin sacrificio, porque con ello creía cumplir un deber. En sus mismas expansiones no había nada que no fuese perfectamente digno y honroso para ella y para el mismo Anatolio. Ni un sarcasmo, ni una frase depresiva, ni un asomo de desdén, nada que revelase la decepción de un alma joven que no encuentra en su unión con otra esa solidaridad de afectos, ese cambio mutuo de sensaciones, esa refundición en uno, de dos seres que la conveniencia, la necesidad ó el pasivo consentimiento ha unido para toda la vida, sin que proceda á su unión esa maravillosa inteligencia de las almas, esa penetración de sentimientos y, hablando en materialista, esa composición de fuerzas magnéticas que se atraen mutuamente con potencia irresistible y á la que se ha dado el nombre de amor.

¿Qué había, pues, en el lenguaje de Amelia que dejara adivinar aquella virginidad del corazón, aquella carencia del *quid divinum* que hace del amor una religión, un culto, algo que es más grande que la fría observancia del deber impuesto por las conveniencias sociales, y por el sagrado de un juramento á veces inconscientemente pronunciado?

Había la definición del amor mismo sin aplicaciones al estado propio; había el suspiro ahogado, la lágrima furtiva, la languidez de la mirada que anuncia de pronto la fugaz chispa de un entusiasmo inmotivado. Había el quejido de la cuerda del arpa que nadie toca y que se estremece herida por impalpable brisa; había el llanto de la flor cuyo tallo desgarrar el invisible insecto; había la palidez del sol que sin nubes que le oculten, alumbra con luz fría las mañanas del invierno; había la explosión del cráter que rompe en surtidores y en cascadas de fuego la lava impulsada por desconocidas fuerzas subterráneas.

Había lo que hay en un alma de veinticinco años que no ha amado: deseos de amar.

Y esos deseos, que Amelia guardaba en lo más recóndito del alma, como guarda avaro el mar el tesoro de sus perlas, salían á sus ojos, á sus labios, á sus mejillas, en forma de lágrimas, de suspiros y de rosas, cuando en solitario paseo por las cañadas de la vecina sierra, apoyada en el brazo de Roberto, mientras Anatolio corría de mata en mata y de breña en breña persiguiendo al inofensivo pajarillo, sentía ensancharse el corazón al aspirar aquellos torrentes de oxígeno que se escapaban de los cálices de las flores y de

los pulmones de las hojas de los castaños y de las raíces de los tomillos y cantuesos, y cuando oía sobre su cabeza el gorjeo de los pájaros, y los trinos del trovador de las selvas, el amante ruiseñor, y cuando observaba el vuelo del cínife sobre la superficie de la charca persiguiendo á la hembra y presenciando la conjunción de aquellos seres que la naturaleza unía por lo que nosotros llamamos instinto, y es acaso amor más intenso que el que sienten nuestras almas, por lo mismo que es el amor de un día, de un momento, que es apenas lo que dura la existencia de esos insectos, el amor de toda la vida; y sobre todo cuando sentía bajo su mano el corazón de aquel hombre que no la galanteaba, que no profería una palabra que la hiciera ruborizar, pero en cuyos ojos veía titilar una llama semejante á la que fulguraba en su propia pupila.

¿Podía decir ella que Roberto la amaba, ni menos él que le amaba Amelia?

De modo alguno. Sin embargo, cada uno de los dos sabía lo que por él pasaba.

—¡Roberto te ama! hubiérala dicho su marido en un momento de rabiosos celos, y ella se hubiera echado á reír, encogiéndose de hombros, sin engañar á Anatolio.

—¡Tú amas á Roberto! podía decirle su esposo al sorprender en sus ojos una de esas miradas en las que el alma se asoma á ellos como el fugitivo relámpago entre dos nubes negras, y acaso cayera desplomada al oír, no la acusación, sino el eco inaudito de su propia conciencia; porque Amelia no había jamás pronunciado el nombre de Roberto envuelto en un suspiro, ni se había dicho jamás en voz alta ni baja que le amara.

Lo mismo hubiérale acontecido á Roberto si Anatolio le hubiese recriminado.

Pero ¡ay! en vano la lobreguez de la caverna á la estalactita que un día y otro día, un año y otro año, un siglo y otro siglo destila la gota de agua saturada de cal sobre el pavimento, separará de la estalagmita que lentamente se va formando y sube estirando sus labios de piedra hasta besar los de su compañera; sí, en vano, porque se buscarán en la sombra, se fundirán en un beso, y el agua seguirá resbalando sobre sus cuerpos así soldados, robusteciéndolos y formando esas maravillosas columnas que parecen sostener las bóvedas de las grutas y que ha formado el amor de las piedras, porque en la naturaleza todo, hasta las piedras aman.

¡Poned al lado de una mujer que no amó jamás, y que ambiciona amar, á un hombre como Roberto, frío en la apariencia, dotado de exquisita finura, de un talento poco común, de una elevación de ideas tal, que parece tocar con la frente en el cielo y por casualidad la tierra con los pies, virgen de corazón y por lo tanto con el caudal de sensaciones íntegro; llevadle á presencia de esa naturaleza donde ama todo: el agua al árbol, cuyo tronco baña, la flor á la tierra que fecundiza con su polen, el insecto al rayo de sol en que se envuelve y juguetea, el aire á las flores que besa, y ante ese cuadro de alegrías, en ese laboratorio de perfumes incitantes, en medio de ese concierto de trinos de pájaros, de susurro de abejas, de aleteos de mariposas, de murmullos de fuentes, de zumbidos de hojas, de roces de juncos, de chasquidos de ramas, de arrastre de reptiles, de ecos lejanos, dejadles solos, solos... porque el que más debiera ver y vigilar, va corriendo allá lejos, muy lejos por la falda del monte, en pos de la perdiz que parece cómplice de su desventura, y le aleja del lugar donde peligran su honor y la tranquilidad de su vida!



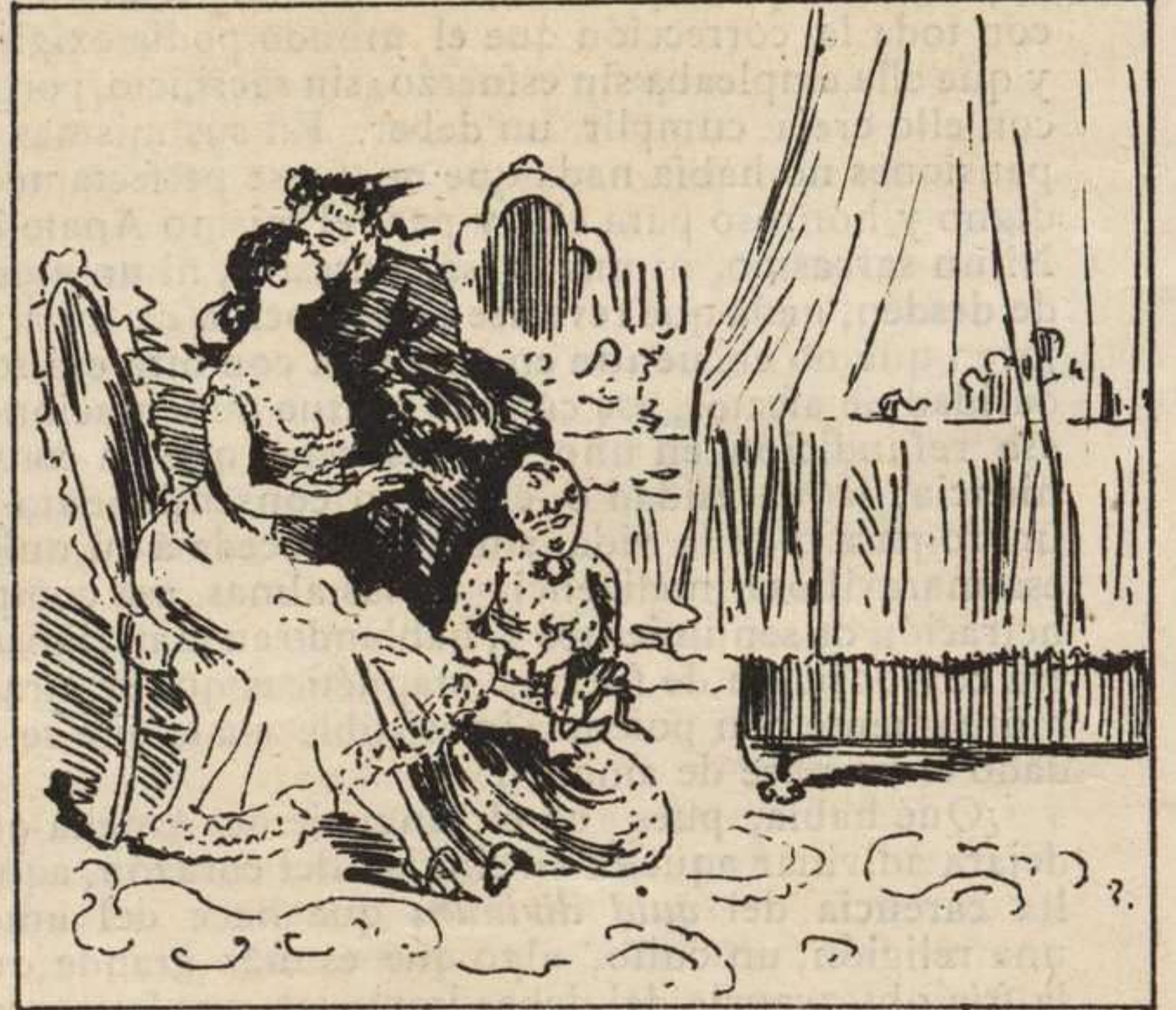
Acaba de dormir y duda que pueda hacerlo tan bien aquella noche.



Con el placer de vestir aquel traje magnífico llega a olvidarle todo... hasta el novio.



Mientras la ponen el velo, piensa si no le iría mejor tomándolo en un convento.



La madre se despide. Las lágrimas son de rigor en es momento.



También a las víctimas se las adornaba para ir al ara del sacrificio.



El sacrificador.
Tableau.



LA TRAICIÓN (Véase la novela)

Caía la noche.

Desde que el sol había desaparecido detrás de los picos de la sierra una densa nube de color de plomo empezó á levantarse en aquel horizonte, há poco teñido de rojo y gualda por los últimos rayos del astro del día, y avanzaba con velocidad recogiendo á su paso algunos girones de nubecillas franjeadas de oro que flotaban acá y allá destacándose del azul del cielo, en el que comenzaban á brillar algunas estrellas.

De vez en cuando, algún fugitivo relámpago salía del seno de la negra nube, y se oía rodar el trueno como el eco repetido cien veces de una descarga lejana de artillería.

—Vamos á tener tempestad, exclamó alarmada Amelia, y estamos, lo menos, á un cuarto de legua de la posesión.

—La tempestad está alta, contestó Roberto, y creo tendremos tiempo de llegar á la casa antes de que avance.

—¡Sí! mire Vd., me han caído ya dos gotas en la frente, dijo Amelia buscando su pañuelo en el bolsillo de su ligero traje de muselina.

¡Calle! añadió desprendiendo su brazo del de Roberto para examinar mejor su bolsillo: me he dejado en casa el pañuelo ó lo he perdido.

—Tome Vd. el mío, condesa, contestó Roberto sacando un fino lienzo de batista del bolsillo de su levita.

Tomó el pañuelo Amelia, y tratando de enjugar de su tersa frente las dos gotas de agua, no atinaba con el sitio en que brillaban como dos perlas líquidas.

—No es ahí, exclamó Roberto; es más arriba.

Tampoco; no da Vd. con el sitio.

—Entonces si Vd. me hace el favor... Y Amelia alargó el pañuelo á Roberto, que contestó sonriéndose:

—Con mil amores, señora. Y empapó las dos gotillas con el pañuelo.

—Gracias, dijo la condesa alzando los ojos sobre los de Roberto, mientras se arreglaba los alterados mechones de cabello rizado que cubrían su frente.

Era la primera vez que sus miradas se encontraban tan cerca y tan directamente

—¡Jesús! exclamó la condesa cubriéndose los ojos. ¡Qué relámpago! lo he visto cruzar por el cristal de sus ojos de Vd., Roberto, y parecía como si el iris se transformase en una viva llamarada. Ahora sí que sin metáfora puedo decir como Vds. los escritores, que le he visto á Vd. lanzar relámpagos por los ojos.

—Son relámpagos sin truenos, condesa, porque la tempestad ruge muy hondo, y sólo alguna vez, y sin poderlo remediar hay irradiaciones de luz en la mirada, que denuncian el estado del corazón, que es donde esas tempestades tienen asiento.

La condesa bajó los ojos y sus pálidas mejillas se tiñeron de vivo encarnado.

—Sí, en efecto... hay tempestades que nadie adivina...

—¿Nadie? contestó Roberto, que oprimió en un nervioso movimiento de su brazo la mano de la condesa, que había vuelto á apoyarse en él. Hay tempestades, especialmente en los trópicos, que se anuncian con la presencia de nubes color de fuego. Yo, sin ser un gran meteorólogo, diría que las nubes de carmín que se ven en sus mejillas de Vd. delatan alguna de esas tempestades internas...

—¡En mí!...

—Sí, en Vd., Amelia. ¿Por qué me oculta Vd. sus miradas? Teme Vd. acaso que vea yo en ellas algún relámpago como el que Vd. ha visto en las mías?

—¡Oh! ¡por qué! yo no tengo por qué bajar los ojos ante Vd., Roberto.

—Ni ante mí, ni ante nadie, Amelia, por eso extraño que rehuya Vd. el mirarme.

—Ya le miro á Vd. ¿qué ve Vd. en mis ojos?

—Nada, Amelia; la lobreguez de la noche, esa lobreguez que oculta tantas desdichas, tantos dolores, tantos sufrimientos ignorados... Una noche sin esperanzas de aurora, eterna como el suplicio del condenado, callada como el recinto de un panteón. ¿Cree Vd. que yo no he adivinado lo que Vd. sufre en medio de su mentida y convencional felicidad? ¿Cree usted que ha pasado desapercibido para mí el eco involuntario de ese lamento de su alma que vierte interiormente lágrimas de fuego? Vd. no es dichosa, Ame-



lia, Vd. no es dichosa, y yo sé por qué; Vd. tiene un corazón que no ha disfrutado de las primicias del amor, un corazón cultivado como planta de invernadero al calor artificial de una unión que no ha nacido de la explosión de dos afectos espontáneos. Niegue usted eso, Amelia, niégumelo Vd. á mí que hace un mes la estudio día por día, minuto por minuto.

—¡No niego nada! exclamó con voz ahogada Amelia.

—Pero hay más, añadió Roberto.

—¿Más? contestó Amelia alzando otra vez los ojos hacia Roberto, que clavó en ellos los suyos.

—Sí, hay más: Vd.... ama.

—¡Roberto!...

—Sí, Vd. ama; pero ese amor es un nuevo tormento para Vd., un tormento como lo es para mí el mío.

—¡El de Vd.!

—¡Oh! Amelia, Vd. es una mujer superior, á quien se puede abrir el alma sin temor de que emplee Vd. en su defensa esa gazmoñería vulgar con que la mujer prolonga el martirio del hombre que la adora.

—Roberto... este amor nuestro es un crimen. Usted debe alejarse de mí. Anatolio es mi esposo, Anatolio es su amigo de la infancia...

—¡Alejarme!... Sí, sí, debo alejarme; lo manda imperiosamente el deber de la hospitalidad. Pero será alejarme llevando dentro del alma la muerte, la muerte, que yo no esperaba encontrar aquí; la muerte que he bebido en esos ojos, por donde se escapan efluvios mortales; en esa boca llena de melancólicas sonrisas; en esas pálidas mejillas, sobre las que parece ha trazado surcos de lágrimas el dolor. Sí, Amelia, debo alejarme, y me alejaré; pero en esta hora suprema, la última que acaso pasemos solos, yo deseo, yo quiero oír de esos labios la confesión de ese amor que he adivinado en su corazón, porque cada latido suyo repercute en el mío como un eco misterioso, y al compás de mis propios latidos. Amelia, Amelia adorada, cuando vamos á separarnos para siempre tal vez, esa confesión no es criminal. Ya estamos cerca de la casa; cada paso nos aproxima al término donde debemos separarnos, porque mañana mismo parto para Madrid. Amelia, dime que me amas; Amelia, el recuerdo de esa confesión será para mí un consuelo; para mí, que jamás hasta ahora he amado á una mujer.

Y Roberto estrechaba la mano de la condesa y enlazando su flexible cintura la oprimía contra su corazón.

La lluvia comenzaba á caer con violencia; los relámpagos y los truenos se sucedían, y en medio del fragor de la tempestad se oyó el chasquido de un prolongado beso, al que acompañaba un «te adoro» que las ráfagas tempestuosas arrebataron de los labios de Amelia, que cayó desfallecida entre los brazos de Roberto.

Las voces de algunos criados y el crugido del látigo del conductor de un carruaje que salía en aquel momento por la puerta del patio que precedía á la morada de los condes de Selva Humbría, volvieron á la realidad á aquellos amantes soñadores.

—¡Anatolio va á buscarme! exclamó Amelia llena de ansiedad.

—¡Y bien! dijo Roberto; vamos á su encuentro.

—Nó, nó; yo no podría soportar sus miradas después de esta traición; ocultémonos aquí y entremos cuando se hayan alejado.

Y Amelia arrastró á Roberto hacia un cobertizo, donde en inmensa cantidad había haces de paja, despojos de la siega que en aquellos días se estaba practicando.

El carruaje, seguido de dos hombres á caballo, tomó al galope el camino de la sierra.

Una hora después volvía á entrar en el patio el mismo carruaje, y de él se bajaba el conde, que al entrar preguntó si habían regresado la señora y el señorito Roberto.

—Hace ya un rato que entraron, le dijo el capataz de la finca, que servía como de portero en ella. La señora y D. Roberto venían chorreando agua.

—¡Demonio de tormental exclamó Anatolio subiéndole la escalera.

—La señora está mudándose, le dijo la doncella de Amelia cuando preguntó por ella á la sirvienta.

E. DE LA CERDA.

(Se continuará).

ACCIDENTES FEMENINOS

En lo que va del mes de Setiembre han sido varios los crímenes cometidos, en que le ha tocado ser la víctima á la mujer.

En todos ellos los celos de esposos ó amantes han sido el móvil del delito.

En los más, producto de una vida relajada y la falta de cumplimiento á la fe jurada al pie de los altares.

..

El primero tuvo lugar en la calle de Luisa, en el puente de Vallecas.

La víctima se llamaba María Cuaresma; era de oficio costurera. Mantenía relaciones ilícitas con un joven llamado Serapio Olmos, de quien tuvo un hijo, y luego otro, sin que Serapio cumpliera la promesa de casamiento, lo que dió lugar á un rompimiento entre ambos. Algún tiempo después la María amó á otro hombre, haciéndose madre por tercera vez; y estando próxima á casarse con él, buscó al Serapio y habiéndola encontrado en la citada calle de Luisa, donde á la sazón cosía, la dió de puñaladas, contándosele hasta el número de trece que dejaron su cuerpo horriblemente mutilado.

..

En la calle del Príncipe, esquina á la de las Huertas, una chica de vida alegre, que de taberna en taberna y de figón en figón iba con otra compañera y sus respectivos amantes, fué herida mortalmente por el suyo al bajarse del carruaje en que recorrían los establecimientos de *instrucción* que hemos citado, á las dos de la madrugada, hora en que toda mujer honrada se halla recogida en su casa.

La cuestión fué que la chica deseaba seguir la *juelga* con los otros, á lo que el amante se oponía, queriendo obligarla á permanecer á su lado, y resistiéndose ella en términos que lastimaron al iracundo Otelo, cuyo último y decisivo argumento fué el de cierta clase de gente, que á la persuasión prefieren emplear la lengua de hierro que á prevención llevan en el bolsillo como auxiliar de la de la boca.

La chica falleció pocas horas después en el hospital.

..

En la calle de Luzón hubo una verdadera tragedia de esas en que muere hasta el apuntador.

Faustina Díaz, cigarrera, de 27 años de edad estaba casada con Manuel Parrillo Alonso, de oficio solador.

El matrimonio no vivía en paz hacía tiempo; y últimamente, disgustada la Faustina con las quejas que la daba su marido, referentes á unas supuestas ó ciertas relaciones entre su mujer y un albañil llamado Miguel Pontones Valera, determinó separarse de Manuel, y en efecto, abandonó el hogar doméstico.

El día 12 del corriente encontró Manuel á su mujer en compañía del amante en un establecimiento de bebidas gaseosas y cervezas, sita en la calle de Luzón, núm. 11.

Entablose una seria disputa entre los esposos, que ya habían salido á la calle, y que terminó como la anteriormente referida, por el argumento navaja, siendo herida Faustina de doce puñaladas, y al interponerse el amante, que amenazaba con una pistola á Manuel, recibió una tremenda cuchillada en la espalda, disparando acto continuo la pistola, cuyo proyectil atravesó el pecho del ofendido esposo.

Como se ve, no exageran nada los autores dramáticos que convierten la escena en un cementerio al finalizar un drama, porque en los de la vida real también se dan casos.

*
**

Por causa de otra mujer se cometió otro crimen el mismo día en la calle de Segovia, número 32.

Aquí la víctima fué el marido, que al intentar apalear al supuesto amante de su mujer, en cuya compañía vivía la *feliz* pareja, recibió una puñalada de aquél en el costado.

*
**

Y como ramillete final, tenemos el crimen seguido de conato de suicidio, que tuvo lugar en la calle del Amparo el miércoles de la semana pasada.

En él figura una muchacha muy joven, llamada Carmen Iglesias, casada con el ex presidiario, y actualmente honrado tabernero Manuel Galdó, de mucha más edad que ella.

La muchacha parece sostenía relaciones con un joven apodado el *Torero*, de oficio *tomador*.

El Manuel, que hacía tiempo observaba con malos ojos aquellas ligerezas de su joven esposa, harto sin duda de aquella pesadumbre que agobiaba su frente, determinó concluir de un modo trágico tales relaciones, y en aquella mañana, después que el *Torero* estuvo bebiendo en la taberna, por supuesto por cuenta del establecimiento, Manuel, en ocasión que la Carmen estaba lavando algunas vasijas, la disparó un tiro por la espalda, dándose él otro por debajo de la barba.

A pesar de la gravedad de las heridas, ayer domingo parecían fuera de peligro ambos; á la mujer no ha podido extraérsele el proyectil, que quedó detenino en la columna vertebral; el que hirió al marido, le entró por debajo de la barba, saliendo por cima de la nariz, sin interesarle la lengua, de que empezaba á hacer uso desde el sábado.

En la iglesia de San Sebastián tuvo lugar el miércoles de la semana pasada una escena que,

debiendo ser conmovedora, terminó en sainesca.

Celebrábase una boda cuando apareció de pronto, interponiéndose entre los contrayentes, una mujer que llevaba un niño en brazos y que presentaba como fruto del desleal amante que iba á dar su mano á otra.

Este asunto que hemos visto recientemente representado en un grabado magnífico no puede ser más conmovedor é interesante.

Pero aquí, en lugar de la sorpresa del novio, del desmayo de la novia y de la indignación de los padres, que el grabado representa con tanta verdad, tenemos una novia que se exalta, una ofendida á quien se le ahuma el pescado, unos puños que se alzan, unas uñas que se extienden, unos moños que caen y un concierto de bofetadas que sustituye á los armoniosos acordes del órgano.

Arañadas, despeluznadas y maltrechas, son separadas las rivales y la boda se verifica después, quedando la moral por el suelo y cubierta con el manto de la religión.

El día 1.º de este mes se cometió en el pueblo de Castro Urdiales un crimen por un licenciado de presidio llamado Ramón Martínez, y en el que fueron víctimas dos mujeres, Antonia Ruiz y su hija Isabel, muertas á consecuencia de varios disparos de revolver.

El agresor (como ahora es la moda) se suicidó acto continuo con la misma arma con que consumó el doble crimen.

CASOS VARIOS

El ministro de instrucción pública de Alemania ha dispuesto que las mujeres no sean admitidas como alumnas ni como oyentes en ninguna Universidad prusiana.

¡Oh! ¡la culta Alemania.

*
**

Un periódico de Málaga refiere que una joven que durante la anterior Cuaresma subía diariamente el Calvario, por vía de penitencia, mostrando sus pies descalzos, se ha vuelto loca completamente por influjo del fanatismo religioso.

Según refieren personas que tratan á su familia, su locura consiste en creer que ha muerto y se halla actualmente en la gloria. Figurándose que su habitación es el cielo, arroja del cuarto á sus padres y hermanos, á quienes ya no conoce.

No es el primer caso de chifladura mística.

*
**

Los tribunales ingleses siguen entendiendo á cada paso en asuntos de una moralidad bastante discutible.

Un *clergyman* protestante, el reverendo Finlayson, ha tenido que habérselas días pasados con los jueces ingleses, por haber seducido á una mujer casada, joven, bonita y de sensibilidad extraordinaria, á lo que se ve.

El marido, un fabricante de manufacturas de Manchester se enteró de las galantes relaciones de su esposa con el reverendo, y hasta llegó á enterarse de cierto proyecto de fuga; los amantes se habían citado para un hotel de Blackpool.



El buen hombre, imitando la conducta de mister Crawford, se dirigió á Blackpool, y como la cita era para la noche, dió á la esposa infiel el chasco de recibirla en sus brazos, cuando ella creía encontrarse con Mr. Finlayson.

Pero, sin embargo, el marido la perdonó, bajo condición de que el reverendo jurase no volver á verla, y así lo juró el amigo.

Mas los juramentos en materia de amor son cosa que el viento se lleva fácilmente.

A los pocos días el marido sorprendió á la enamorada pareja á la fresca sombra de los añosos árboles de un bosque, y en seguida entabló querrela contra ellos, pidiendo que se le curasen las heridas del honor con un buen emplasto de billetes de banco.

El padre de almas ha jurado y perjurado ante el tribunal que cuando los sorprendió el querellante estaba exhortando á aquella «oveja descarriada» á vivir en paz con su marido; al efecto le leía un libro de consejos para las esposas y madres de familia.

Pero los jueces han hecho oídos de mercader, y han acordado el divorcio de los consortes, sentenciando por añadidura al reverendo Finlayson á pagar al marido ultrajado una indemnización de 25.000 pesetas, que éste ha aceptado con mucho gusto.

—Si buena moza me llevo, buenas pesetas me cuesta—dirá para su capote el reverendo.

¡Y viva la moral inglesa!

Una joven de Granada fugose hace noches con su novio. La familia dió conocimiento á la policía y ésta logró sorprender en su nido á la amorosa pareja. La novia ha quedado depositada y el galán pasó la noche en la cárcel.

MUJERES NOTABLES

Á fines de Agosto falleció en Barcelona la famosa contralto doña Elena D' Angri, que había conquistado grandes triunfos en los principales teatros de Europa y de América, interpretando especialmente el género rossiniano como pocas artistas. Cuando residía en París, la distinguía mucho el gran maestro con su amistad.

La difunta artista era griega. Refiérese de ella, en prueba de su temperamento varonil y levantisco, que hallándose por casualidad en Nápoles cuando ocurrió una de las varias revueltas de á mediados del siglo, fué á defender una barricada á tiro limpio vestida en traje de hombre. Tenía á su lado una mujer, que cuidaba de municionar á los revoltosos, y entusiasmada la artista, dió un beso á la napolitana. Al increparla por tal acción, presentó el pecho desnudo, en prenda de que podía besarla impunemente, y á los pocos momentos era la D' Angri paseada en triunfo por las calles.

La famosa trapisondista y comunalista Luisa Michel, se ha dado por escribir novelas.

Su primera producción titúlase *Microbios humanos*, y es un atajo de barbaridades que dejan ya como cosa insignificante el naturalismo de Zola y de Daudet.

Estimamos á la mujer verdaderamente ilustrada que dedica los ratos de ocio que la dejan libres los deberes caseros al cultivo de las bellas letras, pero nos repugna la libre pensadora sin formas y sin ilustración, que lleva al libro los olores del lupanar y de la taberna.

La encantadora madame Théo está vacilante, confusa y muy preocupada en París con motivo del vestido que debe usar en la pieza de gran fantasía de MM. Blum y Troché, próxima á estrenarse en el teatro de Nouveautés titulada *Adán y Eva*.

Claro está que la bella Théo tiene bastante talento para saber cuál era, no el traje, sino el seductor *deshabillé* de la compañera de Adán; pero eso le parece *un peu trop fort!*

Había pensado en cubrirse con una piel de tigre, pero los tigres y los leones del paraíso terrestre no eran feroces ni se mataban ni morían, porque antes del suceso de la manzana no había muerte. Y dicen los críticos con razón: ¿de dónde sacaría Eva esa piel para cubrirse?

Ceñirse al cuerpo una malla de seda color de carne, sombreada la cintura con algunas hojas de parra, ya así ha salido en el Chatelet.

Mlle. Marie Colombier y la original Théo, quiere algo verdaderamente original; ella crea, no copia.

¿Cómo saldrá de su confusión Eva Théo?

¿Temerá faltar á la propiedad más que el célebre Gustavo Doré, que en su grabado «Adán y Eva arrojados del paraíso» en la obra *La Biblia*, por él ilustrada, representa á nuestros primeros padres con taparrabo de tela, no sabemos si de madapolán ó de seda?

Pues lo mejor es exhibirse al natural, y que el cabello oculte lo que deba de ocultar, como hacen los pintores vergonzosos.

Otra cuestión debe preocupar á la actriz.

¿Eva tenía ombligo?

Contesten á esto los teólogos y aconsejen á la Théo.

Imp. de G. Osler, Espiritu Santo, 18.—Madrid.